

"AHORA" EN PARIS

Una artista española que regresa de Shanghai nos habla de lo que allá ha visto



La gran bailarina española Teresina, que ha obtenido magníficos éxitos en el país nipón



Teresina, en Manila, durante una fiesta dada en su honor, acompañada de varias reinas de belleza filipinas



El maquillaje japonés de Teresina, hecho por una artista del país.—(Foto Trampus)



A pesar de las inquietudes terribles de la guerra, el público de Shanghai concurría al teatro. Una "posse" de Teresina durante la representación en un escenario de la Concesión Internacional.—(Foto Trampus)

No se encuentran todos los días personas que vuelven de Shanghai, y menos aún bellas compatriotas que hayan asistido a los horrores de aquella guerra lejana y nos traigan impresiones frescas y coloreadas de la ciudad donde se matan entre sí los hermanos de raza amarilla.

Una breve nota aparecida en algunos diarios nos enteró de que Teresita Boronat, la famosa "Teresina" que triunfaba antaño delante de los públicos de la Ópera y de los Campos Eliseos, de París, acababa de retornar a la ciudad-luz después de una "tourné" en los países del Oriente lejano. Y, en seguida, una curiosidad irresistible nos lleva a llamar a su puerta.

"Teresina" dirige una importante escuela de baile, cuya vigilancia abandonó hace unos meses para responder a la oferta de un empresario, que le proponía la realización de un sueño maravilloso: una gira por los grandes puertos de Extremo Oriente, regresando por el Norte de África; la vuelta al Mundo en cinco meses... De esa gira acaba de regresar; ha hecho aquel recorrido maravilloso con vicisitudes diversas, que tendrá la gentileza de contarnos, y vuelve con los ojos empapados aún por tanta visión de ensueño que le ha sido dado admirar.

Sus primeras palabras son un recuerdo para nuestro diario, el único que al

reflejar fielmente todas las incidencias gráficas de la contienda chinojaponesa ha revelado la presencia en el Extremo Oriente de un trío de artistas españoles—que no eran nada menos que Teresita Boronat, su guitarrero, Javier Alonso, y su pianista—. Presencia bastante extemporánea, por cierto, pues coincidió precisamente la llegada de nuestros compatriotas con el diluvio de los primeros cañonazos que se cruzaron los divorciados hermanos amarillos.

—Desembarcamos en Shanghai con tan mala pata, que apenas estábamos instalados en el hotel, cuando vinieron los japoneses a cercar con alambres la Concesión Internacional. Vivíamos como si dijéramos en la ronda de la Universidad—no olvida Teresita que es catalana—, y a pocos metros, pongamos en la plaza de Cataluña, estaban los dichosos alambres, que los señores de la Policía japonesa no dejaban franquear.

"No había empezado aún la guerra cuando llegamos; pero la atmósfera estaba cargada, y se notaba una verdadera impaciencia en los japoneses, deseosos de iniciar la lucha. Estos, para responder a las provocaciones de los chinos, que aumentaban de día en día su campaña anti-japonesa, habían penetrado como amos en la Concesión Internacional de Shanghai, donde, so pretexto de proteger la vida de los numerosos extranjeros que allí residían, ejercían de hecho el Gobierno. Todo estaba entre sus manos, y los extranjeros que allí entrábamos, inmedia-

tamente, habíamos de someternos a los reglamentos impuestos por ellos.

"Durante los primeros días de mi estancia en Shanghai tuve tiempo de dar cuatro recitales; pero de pronto, a fines de enero, rompieron las nubes, demasiado cargadas de electricidad; la Concesión Internacional tomaba las armas. En unas horas cambió el aspecto de la ciudad: los habitantes validos se hundían en las trincheras abiertas en las cuatro esquinas de la ciudad; las mujeres pasaban a los hospitales de la Cruz Roja. Se publicaba una orden general de clausura de los teatros, cafés, cines y conciertos. Shanghai estaba en pie de guerra, y no había más que huir..."

—Asistió usted a algún combate?

—No, porque la batalla se desarrollaba fuera de los límites de la Concesión Internacional. Pero vi el cielo iluminado durante noches enteras por el incesante bombardeo; el ruido de los cañonazos me impedía cerrar los ojos. Hubo, sobre todo, un día de pánico extraordinario; fué cuando los japoneses lanzaron sus escuadrillas de aviones sobre Chapel, el barrio chino de Shanghai; el terror era general, pues muchos temían que, a pesar de sus promesas, los japoneses lanzaran sus bombas igualmente sobre la Concesión. En aquel bombardeo, que duró unas diez horas, murieron por millares los chinos; pero no querían rendirse ni con los ataques por tierra ni con los ataques aéreos; y, en vista de que la situación amenazaba con hacerse eterna, decidí marcharme, renunciando a dar los recitales que tenía contratados en Pekín y en Tien Tsin.

—Teresita, ¿vió usted algunas escenas de espanto en aquellos días pasados en Shanghai?

—Para decir verdad, no asistí a ningún drama; pero si vi por las calles montones de heridos, y no pocos muertos; a pocos metros del hotel empezaba el barrio de Chapel, y allí en todas las esquinas se disparaban los fusiles, caían las bombas y corría la gente.

"Los pocos ratos agradables que pasé en Shanghai los tuve en compañía de nuestros compatriotas, el Cónsul de España en Shanghai y un amigo de éste, un abogado español llamado Federico Sardá, que ocupa una excelente posición en Shanghai, donde interviene en los pleitos entre hombres de raza distinta, siendo utilísimas sus extraordinarias dotes de poliglota; habla, en efecto, el ruso, el chino, el japonés, el inglés, maravillosamente, y a cada paso se le consulta..."

"Por cierto—continúa contando la "Te-

resina"—, en todas partes los cónsules españoles se han portado admirablemente conmigo.

"En Tokio, donde fui al salir del infierno chino, no encontré más que dos españoles: el Embajador y el Cónsul; éste se presentó a mí de un modo curioso, diciéndome: "Soy el Cónsul de mi mismo, pues no tengo que velar por los intereses de ningún súbdito español más que yo". Recuerdo que es un comerciante catalán, instalado desde muchos años en el Japón, donde se ha encariñado tanto con el país, que ha terminado por casarse con una hija del Imperio del Mikado. "He tenido cinco niños hispanojaponeses—me dijo—, y le aseguro que la mezcla es maravillosa..."

"En cambio, en Kobé, que es el gran puerto nipón, el Cónsul español tiene numerosos administrados; creo que es la única ciudad del Japón donde reside una pequeña colonia de compatriotas."

"La ausencia casi total de colonias españolas en el Japón no impide que en aquellas islas exista una extraordinaria afición para hablar castellano. En el Japón seguramente se habla más castellano que francés; éste es un dato interesante, ignorado por la mayor parte de nuestros compatriotas, y que puede serles útiles en su comercio y en su propaganda.

"Los japoneses sienten una instintiva simpatía para todo lo español; me recibieron con los brazos abiertos, colmándome de atenciones y de regalos y exteriorizando a cada momento su afecto para España."

"Teresina" abre un cajón y saca un manojito de cartas de admiradores, que le escribían al hotel cartas por docenas, todas en castellano. Son epístolas sencillas, cariñosas, en las que resplandece la buena voluntad y la inteligencia de sus correspondientes espontáneos.

—Cuando llegué al Japón—sigue contando "Teresina"—me convidaron a asistir a una función del teatro clásico, donde tuve ocasión de admirar al prodigioso actor Kikugoro, quedando atónita de la calidad de aquellos grandes actores que rodeaban al maestro, y que todos merecían el título de geniales. Pues bien, tuve una decepción cuando vi que nadie en el público juntaba las manos para aplaudir; los japoneses, de carácter lento, quie-

to, no gustan de exteriorizar sus sentimientos. ¿Cómo voy a poder bailar yo delante de ese público refrigerante?, pensaba yo al penetrar en el escenario. Pero, ¡oh maravilla!, la galantería de los japoneses les hizo abandonar su clásica frialdad, y comprendiendo mis íntimos anhelos, me aplaudieron según se hace en Europa, cosa que ellos no ignoran, porque son, indudablemente, el pueblo más listo, más despierto, más activo y más emprendedor de la tierra...

"Aprendí allí, con sorpresa, que el pueblo japonés es acaso el único, con el español, para quien el baile forma algo consustancial con el alma de la raza. Nuestros bailes españoles no son un entretenimiento, una pura diversión, sino que han conservado algo del espíritu de la danza primitiva, que era como una síntesis de todos los sentimientos y de todas las pasiones de un pueblo. El baile clásico japonés, que es, por decirlo así, el único baile que practican los nipones, es de lo más hermoso que puede uno soñar.

"Vengo entusiasmada del genio dramático y artístico de aquella gente. Y lo curioso es que, por ser un pueblo tan apartado de nosotros, los japoneses desconfían a cualquier español, a causa de las similitudes que no tarda en observar entre su genio artístico y el nuestro. Así, por ejemplo, las famosas "Hakai", las coplas japonesas, llenas de realismo y de poesía, que cantan y bailan todos los actores nipones, tienen un parecido extraño con nuestras coplas andaluzas..."

La conversación prosigue, amena y fácil; la "Teresina" ha viajado, y es una mujer que ha sabido aprovechar lo mucho que sus ojos han visto.

Para no abusar de la paciencia del lector, no le referiremos todas las aventuras que en media hora de charla hemos visto desfilar en el ambiente agradable del despacho de la "directora"; no contaremos el viaje a Kyoto, la maravillosa capital vieja del Japón, donde la "Teresina" bailó en un templo de las Mil y una Noches, en presencia de la princesa Fu-Mi, hermana del omnipotente Mikado; ni tampoco narraremos la excursión a Filipinas, donde todo sigue siendo español, pese a la ocupación yanqui; ni describiremos el suplicio de la firma diaria, de los millares de firmas que cada día se veía obligada la "Teresina" a estampar al pie de las fotos que le traían por carros sus admiradores de raza amarilla. Renunciaremos también a describir la espléndida fiesta que M. Pasquier, virrey de Indochina, dió en honor de nuestra compatriota en el palacio del Gobierno de Saigon, ni los banquetes chinos, compuestos de sesenta platos, ni las apoteosis que coronaban los festivales, y eran otros tantos homenajes a la supremacía del baile español, del flamenco y del clásico, los cuales despertaban en las muchedumbres orientales admiraciones frenéticas e idénticas.

Pero si pondremos en boca de Teresa Boronat el final de aquella "tourné", que fué una verdadera expedición:

—El 3 de marzo volvía a Shanghai—nos dice—; pero otra vez me esperaban dificultades y sinsabores en aquel gran puerto chino, que, por lo visto, me estaba vedado. Las batallas estaban en su apogeo; el barrio de Chapel no que-

ría rendirse, y no nos dejaron desembarcar, lo cual no impidió que aprovechara una ocasión para bajar a tierra y darme cuenta de los destrozos causados por la guerra. Estábamos en el puerto cuando un obús fué a caer precisamente en nuestro buque, el "D'Artagnan". Se oían cañonazos por millares, y aunque los japoneses y los chinos tuvieran buen cuidado de lavar su ropa sucia en familia y de no tocar a los buques extranjeros, le faltaba a uno mucho para sentirse tranquilo.

"Volví de Shanghai a Europa, haciendo escala en África, donde di varios recitales en Túnez, Argel, Constantina y Orán. Por cierto que en Orán, con gran sorpresa mía, vi una sala completamente distinta de las que había frecuentado hasta entonces; era un verdadero delirio de aplausos; caían a montones en el esce-

nario las flores y los objetos de toda especie; es que en Orán viven 40.000 españoles; ya me sentía en nuestra tierra. El Cónsul, el señor Prieto del Río, vino también a verme y, galante, me dijo: "Me pongo a sus órdenes; usted aquí manda, pues es la embajadora de España, del arte español; yo no soy más que un Cónsul..."

"Créame—termina diciéndonos la "Teresina"—, después de aquella jornada de Orán, me ha quedado como una nostalgia de la tierra, donde no he vuelto desde que di, hace tres años, un recital en el Liceo de Barcelona, y apenas deje organizado lo que aquí tengo entre manos, me voy a dar una vuelta por allá."

Francisco MELGAR

Paris, 1932.



Teresina, en un estudio de Tokio, con dos de los más famosos actores del teatro mudo japonés. Teresina nos muestra recuerdos de su triunfal excursión por el Extremo Oriente